

Siglo XVIII. «bado los imperios con opiniones ridiculas.» No se puede dar un cúmulo de blasfemias y falsedades semejantes. ¿Quién aconseja el amor al próximo y á la sociedad mas que la religion santa de Jesu-christo?

Un filósofo que se desenfrena tanto contra la religion, no era regular que perdonase á sus ministros; y así lo piata con los colores mas negros y mas odiosos. «Los sacerdotes, dice, no predicán las mas de las veces sino el ódio, la discordia y el furor en nombre de Dios: son por lo comun mas ambiciosos, mas avaros, mas duros, mas obstinados y mas vanos que los demas. Vémoslos luchar contra la autoridad soberana, armar al príncipe contra los súbditos, y á los súbditos contra el príncipe, y distribuir á los pueblos crédulos cuchillos para matarse. Han corrompido la juventud, y se han hecho los maestros exclusivos de la educacion. Baxo tales directores, ¿qué podrán llegar á ser los jóvenes? Hase emponzoñado al hombre desde la infancia; se le ha cortado el ingenio con menudencias sagradas, con obligaciones pueriles; se le llenó la cabeza de sofismas y de errores, y se le embriagó con fanatismo. ¿La educacion sacerdotal y religiosa formó acaso alguna vez ciudadanos, esposos, padres de familia, criados fieles, soberanos justos, súbditos subordinados, compañeros pacíficos? No: lo que hizo fué devotos melancólicos, incómodos á sí mismos y á los demas, ú hombres sin principios, que olvidaron muy pronto los terrores que se les habian inspirado, y que jamas conocieron las reglas de la moral. Los sacerdotes forjaron crímenes ficticios de impiedad, de sortilegio y de blasfemia, que se castigan con mas severidad que los de asesinato, tiranía, seduccion, opresion &c.» ¿Cómo puede haber descaro para tales imposturas? La experiencia constante de todas las naciones, y en particular la de la misma Francia, que produjo hombres tan grandes educados por los sacerdotes, desmiente unas invectivas dictadas por la hiel mas amarga.

Concluamos el extracto de este sistema abominable con la apología que hace de él el autor, y de su compatibilidad con la buena moral. «Un ateaista, dice, es un pensador que destruye las quimeras perjudiciales al género humano; que explica las operaciones de la naturaleza sin el concurso de una inteligencia; que se forma no-

«ciones inteligibles de la fuerza motriz del universo; que funda todo lo que se obra sobre leyes constantes y seguras; y que no atribuye nada al acaso, ni á causas ciegas, ni á una materia muerta y sin acción. Un ateaista es un hombre que conoce la naturaleza y sus leyes, que conoce su propia naturaleza, y que sabe las obligaciones que ella le impone. Un ateaista tiene experiencia, y esta experiencia le prueba á cada instante que el vicio puede dañarle, y que sus faltas mas ocultas, y sus disposiciones mas secretas pueden descubrirse y salir al público. La experiencia le prueba, que la sociedad es útil para su felicidad: le muestra que su interes exige que ame la patria que lo protege y lo pone en estado de gozar con seguridad de los bienes de la naturaleza: todo le manifiesta que para ser feliz debe hacerse amar. El ateismo bien entendido se funda sobre la naturaleza y la razon, las quales nunca justificarán, ni expiarán, como la religion, los crímenes de los malvados. Nuestras obligaciones serán las mismas, y consultada nuestra naturaleza, nos probará que el vicio es un mal, y que la virtud es un bien real: que sin ninguna virtud no puede mantenerse la sociedad, y que sin poner freno á sus deseos, ningun hombre puede conservarse. La naturaleza obliga á los hombres á amar la virtud, y á temer el crimen, con la misma necesidad que los obliga á buscar el bien estar, y á huir del dolor: y los fuerza tambien á hacer diferencia entre los objetos que les agradan y los que les dañan. El ateaista no asegura sino lo que ve, y se funda únicamente en los hechos.»

Tal es el bello sistema propuesto para los hombres sublimes, para los filósofos ilustrados, para los razonadores no vulgares: tal el que se califica con el dictado de hijo de la verdadera filosofia; y tal el que se decanta como remedio de todos los males de la especie humana. ¡Sistema absurdo, perverso y detestable! ¿Es posible que la verdad habia de venir á ser resucitada por quatro libertinos deslumbrados, viciosos, y arrebatados de las pasiones mas vergonzosas, que desprecian la religion, no tanto porque no la creen, quanto porque pone obstáculos á sus excesos, y los condena severamente? Por mas que ellos se disfrecen, por mas que usurpen los nom-

Siglo XVIII. bres de virtud y de orden, por más que se precien de reformadores de los demas hombres, no puede ocultárseles que son unas almas corrompidas, devoradas por la ambicion, ansiosas de vanagloria, y arrastradas del necio prurito de ostentar filosofia y opiniones singulares. La verdadera filosofia se avergonzaria de tener por sectarios suyos á unos insensatos, que hacen alarde de pisar sus preceptos mas sagrados; que baxo un exterior cínico, encubren la mayor disolucion, y que no cesan de turbar la paz de sus hermanos. La sociedad peligraria no poco, si permitiese en su seno á unos sediciosos que aspiran á romper todos sus vínculos, y el freno mas poderoso que tiene para contener á los ciudadanos en el orden y en la sumision. Por fortuna los errores que promueven son tan groseros y tan repugnantes á la luz natural, que no hay que temer que hagan grandes progresos; no obstante de que los materialistas se glorien de atraer muchos partidarios, y que se valgan de todas sus perversas artes para grangearlos. Sus escritos, si bien se mira, son el trofeo mas glorioso que se puede levantar á la religion; cuyas reglas santas, comparadas con el desorden y contradiccion que encierran aquellos, hacen ver palpablemente que los primeros son obra de la impostura, del orgullo y de la mala fe; y la segunda, obra de la verdad y de la razon.

Luego que se hizo pública en Francia esta obra, el célebre Luis Segnier, abogado general del rey en el parlamento de París, la denunció, y pronunció contra ella y las demas de esta clase, un eloqüente y vigoroso discurso en los términos siguientes: "Señores, ¿hasta cuándo se ha de abusar de nuestra paciencia? exclamaba el orador romano en un tiempo en que la república expuesta á los furores de una faccion descubrió la conjura, que contaba en el número de sus partidarios los ciudadanos mas ilustres, mezclados con la mas vil plebe. ¿No podíamos por ventura dirigir hoy las mismas palabras á los escritores de este siglo, á vista de la especie de confederación que reúne á la mayor parte de ellos contra la religion y el gobierno? No es posible disimular mas; esta raza malvada ha descubierto por sí misma el secreto; su principal fin es destruir la armonía establecida entre todos los órdenes del estado, y man-

Siglo XVIII. "tenida por la íntima conexión que siempre subsistió entre la doctrina de la Iglesia y las leyes políticas. Si, señores, despues de la extirpacion de las heregias, que han turbado la paz de la Iglesia, se ha visto salir de las tinieblas un sistema mucho mas peligroso por sus consecuencias, que los errores antiguos, disipados siempre al paso que se reproducian. Entre nosotros se ha levantado una secta impia y audaz, que ha condecorado su saber con el nombre de filosofia, y con este título impostor ha pretendido poseer todos los conocimientos. Sus partidarios se han erigido en otros tantos preceptores del género humano. *Libertad de pensar* es lo que en alta voz inculcan, y esta voz se ha extendido de un cabo del mundo al otro. Con una mano han intentado conmovier el trono, y con la otra derribar los altares. Su designio es hacer despreciar la creencia, y tomar otro rumbo á los espíritus en quanto á las instituciones civiles y religiosas, y la revolucion ha terminado, por decirlo así, todo su buen suceso. Hanse multiplicado los prosélitos, hanse difundido sus máximas, los estados han sentido vacilar sus antiguos fundamentos, y las naciones, pasmadas de hallar aniquilados sus principios, se han preguntado las unas á las otras, ¿por qué fatalidad han venido á ser tan diversas de lo que eran ántes?

"Estos novatores han procurado dar especialmente á la religion los golpes mas funestos; se han fatigado extraordinariamente en desarraygar la fe, en corromper la inocencia, y en sofocar en los corazones de los hombres todo sentimiento de virtud. Los que estaban en estado de iluminar mas á sus coetáneos, se han hecho cabezas de los incrédulos, han desplegado el estandarte de la rebelion, y han creído aumentar mayor gloria á su fama con el espíritu de independencia. Una multitud de escritores oscuros, no pudiendo distinguir de otra manera sus talentos, han manifestado la misma audacia, debiendo únicamente su estimación á la licencia de sus escritos, y al funesto pirronismo que ostentan en ellos. Unas veces han hecho de la irreligion el fundamento mismo de su obra, otras veces la han mezclado con obscenidades y voluptuosidad, á fin de infundirla en la juventud con el alucian-

Siglo XVII. de las pinturas lascivas, y de convertir á favor de la impiedad el desórden de sus costumbres y sentimientos. Los corazones puros, las almas honestas han sido seducidas por medio de las máximas insidiosas, que parecian dictadas por la beneficencia misma; y la recatitud de su modo de pensar les ha causado ilusion sobre ciertos principios, tanto mas peligrosos, quanto en la apariencia se encaminaban á la felicidad del hombre. Con el espíritu lleno de gravedad han tomado estos autores un tono con visos de metódico y reflexivo. Se han presentado escritos llenos al mismo tiempo de ligereza y de verbosidad á entendimientos frívolos y superficiales; se han esparcido dudas aquí y allí, que el hombre sencillo no estaba en estado de resolver; y lo ridículo acabó de convencer á los que los falsos racionalismos no habian podido persuadir. Esta secta peligrosa ha tentado todos los caminos, y para extender la corrupción ha envenenado, por decirlo así, las fuentes públicas. Eloquencia, poesía, historia, romances, hasta los diccionarios, todo se ha inficionado, y nuestros mismos teatros han corroborado mas de una vez estas ideas perniciosas, cuyo veneno adquiria un nuevo grado de actividad en el espíritu nacional, mediante la afluencia de los espectadores, y la energía de la imitación. Finalmente, la religion cuenta en el día casi tantos enemigos declarados, quantos son los pretendidos filósofos que la literatura se gloria de haber formado; y el gobierno debe temblar de temblar en su centro una secta horrible de incrédulos, que parece no tiene otra mira que sublevar los pueblos con el pretexto de ilustrarlos.

Bien sabemos á qué odio nos exponemos osando revelar á los magistrados una cabala tan emprendedora como numerosa. Pero sea qual fuere el peligro que podemos correr declarándonos contra estos apóstoles de la tolerancia (los cuales por otra parte son los hombres mas intolerantes, quando no se quiere acceder á sus opiniones); desempeñaremos no obstante el ministerio que se nos ha confiado con aquella intrepidez que infunde la defensa de la verdad y el amor al bien público. No, no es permitido guardar mas silencio sobre esta inundacion de escritos de irreligion y despre-

cio de las leyes, esparcidos de unos años á esta parte. Nosotros nos ocupábamos en recoger todas estas producciones funestas, quando se nos ha informado que este mismo desórden habia excitado la justa indignacion de la junta general del clero de Francia: y el rey por sí mismo nos ha hecho ver que los obispos de su reyno habian llevado á los pies del trono quejas tan fuertes como respetuosas sobre la desenfrenada audacia de los escritores irreligiosos.

Vosotros, señores, aplaudireis sin duda un paso que la religion ultrajada esperaba del zelo de sus primeros ministros, de quienes aguardaba, mediante la piedad del rey, todo el buen suceso; y no extrañareis que uniendo nuestros esfuerzos con los de este illustre congreso, llevemos en este día las mismas quejas y los mismos votos al templo de la justicia. Los ministros, depositarios de la autoridad de la Iglesia, y los magistrados, instrumentos del poder soberano, se deben unos á otros recíprocamente el exemplo del zelo y de la vigilancia por la conservacion de la religion. El cielo y las leyes han confiado á los obispos y á los magistrados el honorífico cargo de defenderla, y de hacer que sus enemigos la respeten tanto, como sus verdaderos hijos la aprecian: obligacion sumamente grande en los magistrados, por la razon de que la impiedad no combate ménos el estado que la Iglesia, y sus atentados destruyen tanto el órden civil como el espiritual.

Esto es lo que se puede increpar á los autores de las obras que hemos denunciado á la justicia; pero no son ya solos los libros infamados los que continúan corrompiendo las costumbres, á pesar de los anatemas de la religion, y de la infamia impuesta por los tribunales. La impiedad fecundiza los espíritus, hace brotar todos los días nuevas semillas no ménos perniciosas que las primeras, y esparcidas siempre con igual impunidad. Ya no cuida de tomar ninguna precaucion; ya no procura esconderse debaxo de algun velo, sus absurdos se dexan oír orgullosamente, los depósitos de irreligion andan en manos de todos, se venden al mas alto precio para excitar la curiosidad, y hacerles parecer muy importantes; las damas mismas se inician

Siglo XVIII. »en tales conocimientos de impiedad, ó de escepticismo, y descuidando las obligaciones que les son propias, y ellas solas pueden desempeñar, pasan una vida ociosa meditando estas obras escandalosas, las cuales apenas se publican en la capital, quando á manera de torrente se esparcen por las provincias, y asolan por donde pasan todo lo que encuentran. Pocos son los asilos que están libres del contagio, el qual ha penetrado en las mas infimas casas, y en las mas viles cabafias. Muy presto quedaremos sin fe, sin religion, sin costumbres; la primitiva inocencia se ha alterado, el hábito de la impiedad ha enardecido las almas, y consumido la virtud. El pueblo estaba pobre, pero consolado; ahora está oprimido con sus fatigas y sus dudas; antes gozaba anticipadamente, mediante la esperanza de mejor vida, ahora gime debaxo del peso de su penoso estado, sin ver otro término á su miseria, que la muerte y la aniquilacion.

No ha bastado ver multiplicarse los frutos infelices del impio furor de nuestros propios escritores, sino que han establecido un comercio de este veneno con los extrangeros. A vista de la impiedad callan los odios nacionales; ella ha llegado á ser un vínculo funesto que reúne los ánimos mas divididos; ella no teme violar las cenizas de los muertos, ni calumniar su espíritu, y acaso cree honrar su memoria; ella los hace resucitar para presentar en el mundo que se usurpa nombres conocidos, de cuya reputacion necesita; ella anuncia su propia doctrina como obra de un autor muerto muchos años hace, y con esto pone la tumba por barrera entre ella y las pesquisas que teme; gozando así á un mismo tiempo del cielo á quien ultraja, y de la patria que corrompe. Esta sacrilega impostura la reconocereis, señores, en dos obras, de las quales os vamos á dar cuenta. Entre todas las obras de impiedad que se han esparcido de algun tiempo á esta parte, hemos escogido las mas sediciosas y las mas malvadas. No son ciertamente estas las únicas de las quales tiene da religion motivo para quejarse, y nos sería bastante fácil poner delante de vuestros ojos una lista espantosa de las producciones que nuestro siglo debe desaprobare. Pero hemos tenido por conveniente presentaros las que

Siglo XVIII. nos han parecido mas propias para daros á conocer la malicia de la impiedad, el género de verdades que combaten, el fin que se propone, y las huellas que sigue, y el peligro inminente del mal, á que ya es tiempo que las leyes piensen en poner remedio.

Prosigue el abogado general dando una idea de la obra del *Sistema de la naturaleza*, y de otras seis que se habian estampado por aquellos tiempos, entre las quales se comprehendian el *Contagio sagrado*, y el *Christianismo descubierto*; y quisiéramos que la naturaleza de esta obra nos permitiese insertar todo su excelente discurso. El parlamento movido de los zelosos clamores del abogado general, y deseando contener un mal tan extendido, mandó por decreto de 18 de agosto de 1770, que así la obra del *Sistema de la naturaleza*, como las demás indicadas, fuesen quemadas por la mano del verdugo como impias, blasfemas, sediciosas, y encaminadas á destruir toda idea de divinidad, y á sublevar los pueblos contra la religion y el gobierno: y que ninguna persona, de qualquier condicion y calidad que fuere, pudiese imprimirlas, venderlas, ni distribuir las, so pena de ser rigurosamente castigada; procediéndose contra los autores de tales libros como si fuerán reos de lesa magestad.

El clero no se mostró ménos zeloso contra este torrente asolador; é inmediatamente formó una pastoral doctisima y nerviosa, dirigida á los fiéles del reyno, en la qual destruía todas las objeciones é imputaciones de que se valian los incrédulos para deshorrar la religion, exhortando á aquellos á que no se dexasen seducir de sus falsos racionios, sino que conservasen pura é intacta la fe de Jesu-christo. Esta pastoral la dirigió la junta general del clero de Francia á los arzobispos y obispos del reyno, para que por medio de ellos se comunicase á sus diocesanos; acompañándola con una carta, que ya por ser breve, ya porque da una idea grandé del fervor que animaba á estos vigilantes pastores, la pondremos aquí.

«Señores, desde nuestras primeras juntas hemos llevado á los pies del trono las eficaces y respetosas súplicas contra la multitud de obras irreligiosas que la impiedad produce de un tiempo á esta parte. Estas súplicas

Siglo XVIII. »cas han sido recibidas con toda la atencion y bondad
 »que podiamos esperar de un príncipe digno heredero
 »de la fe de sus abuelos: y á exemplo de lo que escribia
 »el papa Anastasio al obispo de Jerusalen hablando de
 »los errores de Orígenes, debemos nosotros anunciaros
 »la feliz noticia, de que el príncipe religioso que nos
 »gobierna, ha dado las órdenes mas estrechas para con-
 »tener los progresos y atentados de la incredulidad. Pero
 »no satisfariamos sino muy imperfectamente á las obli-
 »gaciones que nos impone el bien de la religion y el
 »ejemplo de nuestros predecesores, si contentos con re-
 »clamar el apoyo de las leyes y de la autoridad contra
 »aquellos que quieren profanar y destruir la ciudad san-
 »ta, pusiésemos en duda á imitacion de los falsos pro-
 »fetas el combatir nosotros mismos en su defensa y glo-
 »ria. Con la idea de cumplir con este deber, despues
 »de haber tomado las medidas que hemos juzgado mas
 »eficaces para suscitar útiles defensores á la religion, he-
 »mos creído debiamos aprovecharnos del tiempo en que
 »estábamos congregados para hacer oír al pueblo la voz
 »de sus pastores; esperando que si la duracion de nues-
 »tras sesiones no nos permitia una discusion mas ex-
 »tensa, las consideraciones generales á que nos veíamos
 »precisados á ceñirnos, adquiririan con la reunion de
 »nuestros votos un nuevo grado de fuerza y de autori-
 »dad. Vosotros, señores, que conoceis las necesidades
 »de vuestras diócesis, vereis si es necesario publicar
 »el razonamiento que tenemos el honor de dirigiros, ó
 »por carta, como proponen algunos de los nuestros, ó
 »dándolo á la estampa para facilitar la lectura á aquellos
 »á quienes puede ser ventajosa. Si Jesu-christo, segun
 »el pensamiento de uno de los primeros apologistas de
 »la religion, no opuso contra la calumnia mas que
 »sus obras y su paciencia, sus discipulos no por eso se
 »consideraron ménos obligados á defender su causa á la
 »faz de las naciones. Vuestro zelo nos promete que
 »coadyvareis á los fines que nos han animado, y que
 »no omitireis medio alguno para preservar á los pueblos
 »que os estan confiados, del funesto veneno de la in-
 »credulidad, y hacer renacer en todos los corazones el
 »gusto y amor á las cosas santas, y aquella fe pura y
 »viva que obra por medio de la caridad &c. &c. &c. &c.

Siglo XVIII. La suprema cabeza de la Iglesia, Clemente XIV. acu-
 dió con la mayor vigilancia á detener el contagio, pro-
 hibiendo la execrable obra del *Sistema de la naturaleza*,
 y declarándola digna de abominacion. De allí á poco
 tiempo el doctor Bergier, que como diximos, habia ad-
 quirido ya mucha reputacion en sus refutaciones contra
 el *Deísmo de Rousseau* y el *Christianismo descubierto*, se
 presentó animoso á combatir este nuevo enemigo, y
 publicó una excelente impugnacion del *Sistema de la na-
 turaleza*; obra que le hace tanto mas honor, quanto en
 ella huye de todo dicerio, de toda acrimonia; y siguien-
 do punto por punto á su contrario, se propone hacerle
 ver con el peso de la razon la falsedad de sus principios,
 y las contradicciones en que le ha hecho caer su vano
 empeño.

Las demas naciones de Europa han participado muy
 poco por fortuna de los abominables errores del ateismo,
 como observa un filósofo moderno, nada sospechoso en
 esta parte, y sobre todo, España puede gloriarse, acaso
 mas que otra ninguna, de no haber dado entrada á un
 monstruo tan funesto.

Si se quiere discurrir sobre su origen, pudiera pen-
 sarse que la infinita division de opiniones de los here-
 siarcas del siglo XVI. llegó á fatigar á ciertos espiritus,
 que demasiado adheridos á sus luces naturales, y preten-
 diendo con ellas desterrar los desórdenes que los here-
 siarcas habian sacado de la revelacion, desecharon ésta
 temerariamente, y se entregaron á sus libres especula-
 ciones, haciendo alarde de que su sistema ponía fin á
 los enormes abusos que los hombres habian hecho de
 los libros de la religion, y á las eternas disputas que
 estos ocasionaban perturbando la paz y sociedad humana.
 Pero es fácil conocer que nada es mas contrario á esta
 paz y á esta sociedad que la turbulenta independencia,
 que es consecuencia de tal sistema, y la triste necesidad
 que establece en todas las acciones humanas; y así la
 autoridad civil de las sociedades debe unirse con la de
 la religion para proscribirlo rigurosamente, y contener á
 los temerarios que intentasen hacer valer su perniciosa
 doctrina; pudiendo decirse para su consuelo, que nunca
 logrará extenderse mucho, porque repugna á la razon,
 á la moral y á la verdadera filosofia.